

El Instituto Cervantes: diez años de luces y sombras

Marisa Regueiro*

EN sus menos de diez años de vida el Instituto Cervantes ha sufrido demasiados cambios en su cúpula directiva como para que se nos plantee la necesidad de reflexionar acerca de sus posibilidades y de su realidad como institución al servicio de la difusión del español en el mundo. No es fácil realizar balance de una tarea tan ambiciosa como la que corresponde al Cervantes. Nunca se cuenta con la totalidad de los recursos necesarios ni los resultados son a gusto de todos. Pero una somera revisión de su corta historia arroja sombras, que deberían servir de advertencia para evitar futuros errores, y algunos aciertos en la dirección perseguida. En el fondo, nos preguntamos si, tras tanto avatar, no sería necesario un replanteamiento esencial de objetivos y de estrategias.

* Doctora en Filología Hispánica. Madrid.

Un nacimiento largamente esperado y una breve historia de inestabilidad

EN marzo de 1991, la aprobación de la Ley de Creación del Instituto Cervantes despertó enormes expectativas en la sociedad y en los medios culturales: por fin la lengua de Cervantes –pensamos casi todos entonces– contaría con una institución a la altura de su importancia demográfica y cultural, al modo de las eficaces y ya consolidadas de otras lenguas europeas, como la *Alliance Française*, el *Goethe Institut*, el *British Council*.

La primera decepción se presentó en cuanto se dieron a conocer tanto el presupuesto inicial, infinitamente inferior al de los institutos europeos en los que pretendíamos reflejarnos sin complejos, como el nombre del primer director, designado por el PSOE, *Nicolás Sánchez-Albornoz*, cuya trayectoria profesional no parecía responder al perfil que el cargo exigía. El fin de su mandato, en 1996, vino precedido de una serie de acusaciones de amiguismo y de ilegalidad laboral, que se saldó con la salida de más de una decena de altos cargos. En ese primer período, *fundacional*, cuando todo estaba por hacerse y debían sentarse las bases sólidas para un definitivo arranque, se abrieron los primeros Cervantes en el extranjero –muchos de ellos, aprovechando la mínima representación de centros de enseñanza del español ya existentes– y se dieron algunos pasos en la definición de estrategias; pero, lamentablemente, no quedó consolidado un proyecto que sirviera de base para un futuro sólido del Cervantes. Declaraciones como las formuladas a la prensa y de muy triste memoria, del tipo de que nuestra lengua –itanta era su vitalidad demográfica!– no necesitaba promoverse pues se afirmaba sola, resultaban cuanto menos chocantes en boca de quien debía cumplir con el claro mandato que en este sentido establecía la Ley de Creación.

La designación de *Santiago de Mora y Figueroa* por el PP, con un nuevo perfil de diplomático de carrera, tal vez en respuesta a la necesidad de mejorar las relaciones del instituto en este ámbito, no modificó la situación de provisionalidad –sólo permaneció en la dirección poco más de dos años– ni supuso la definición del proyecto que encamina el ya por entonces vacilante andar del Cervantes. El balance de su actuación arroja algunos resultados positivos como la creación de página web del Centro Virtual Cervantes, la polémica realización del I Congreso de la Lengua Española en Zacatecas o el inicio del proyecto de publicación de los Anuarios, que vieron la luz a partir de 1998. Quedó la sensación de un cambio motivado más en la alternancia

de cuotas de poder político –esta vez le había tocado el turno a Asuntos Exteriores– que en la definitiva consolidación de la institución.

La presunción sobre cuotas se confirmó con la designación de *Rodríguez Lafuente*, en 1998, que venía precedido de una respetable labor como profesor de Literatura Española en Pekín, director del Instituto de Cooperación Iberoamericana en Buenos Aires y director general del Libro, Archivos y Bibliotecas del MEC. Su talante conciliador y su formación como doctor en Filología Hispánica abrieron una nueva esperanza para los muchos desafíos todavía pendientes. Hubo aciertos, como la estrecha colaboración con la RAE –el convenio específico se firmó el 2 de marzo del 2000– y con otras instituciones con las que comparte objetivos y afanes, la redefinición del ámbito de actuación ampliado a *la cultura en español*, la puesta en marcha de la red de centros asociados, la publicación regular de los anuarios del Instituto (1998, 1999 y 2000) y la actualización de la página web.

Son varios los proyectos ya iniciados o apenas esbozados cuyos destinos dependerán ahora del nuevo director, *Ion Juaristi*, que llega al cargo en el contexto de una fuerte disputa política por el control de la cultura oficial dentro y fuera de España, de la que el detonante ha sido la creación de la Sociedad Estatal de Acción Cultural en el Exterior (SEACEX) por iniciativa de Miguel Ángel Cortés, actual secretario de Estado de Cooperación Internacional. Elección de inequívoco simbolismo político –un vasco al frente del Instituto encargado de defender y difundir el español en el mundo es de por sí un gesto de fuerte impacto frente al exterior, en el que asombran las disputas lingüísticas del interior peninsular– que no parece especialmente prometedor en relación con los objetivos del Cervantes. Habrá que dar tiempo al tiempo y esperar las primeras actuaciones de la nueva dirección para valorar el posible acierto o error de la designación; pero, en principio, no se entiende la ingerencia de la Secretaría de Cooperación en cuestiones culturales, despojando de estas funciones a un Ministerio de Cultura y Educación que, precisamente con la transferencia de competencias en materia educativa, quedaría en la mejor situación para afrontarlas.

Objetivos, resultados y desafíos no resueltos

LOS objetivos del Instituto Cervantes son en esencia cuatro: *promover y promocionar el idioma español; ser el referente mundial y modelo de modelos para la formación de profesores de español como segunda lengua; llenar de contenidos en español los diversos ámbitos de lo que se ha dado en*

llamar sociedad de la información y quizás su metáfora más deslumbrante, Internet; servir de plataforma esencial de las industrias culturales españolas. La variedad de frentes supone de entrada un reto difícil, para el que los resultados humanos y económicos deberían ser cuidadosamente administrados. Globalmente, no parece haberse definido un proyecto creativo que cumpla con todas las metas. Algunas voces críticas han hablado incluso de incompetencia sin paliativos de nuestros dirigentes culturales: sin afán de generalizar, algunas designaciones del pasado de directores de Cervantes del exterior parecen darles la razón. Y en estos casos, el cambio es de agradecer. Otras han propuesto la limitación de funciones: que el Cervantes se circunscriba a las estrictamente lingüísticas. Sin embargo, más allá de las críticas generales, conviene acercarse a algunas actuaciones y realidades para afirmar la crítica.

Para cumplir con dos de sus primeros objetivos, es imprescindible detectar las zonas de mayor demanda e interés por nuestro idioma. Para ello el Instituto debe seguir publicando los resultados de las investigaciones sobre la realidad del español; y más aún debería constituirse en un centro aglutinador de todo lo que sobre el tema se indague en el mundo entero. Sin necesidad de invadir competencias de otras instituciones —hay tanto por hacer que no cabe el enfrentamiento— es fundamental elaborar proyectos conjuntos con las mismas, dentro y fuera del territorio español. En tal sentido, es acertada la política iniciada respecto de Brasil, cuya realidad ha aconsejado la transformación del Instituto de São Paulo en un Centro de Formación de Profesores, con carácter itinerante hacia toda la nación, para poder formar a los 210.000 profesores que según las autoridades brasileñas serán necesarios en los próximos años, máxime cuando nuestra lengua ya es obligatoria en el sistema educativo de algunos estados (San Pablo y Río) de dicho país. En segundo lugar, Estados Unidos, que contará con cien millones de hispanohablantes en el 2050, donde, de los 35 millones actuales, estudian español el 80 por 100 en las escuelas primarias, el 90 en las secundarias y el 61 en la universidad. Un tercer ámbito de interés preferente es Extremo Oriente: en algunas universidades de China, por ejemplo, hay largas listas de espera para estudiar español, a las que no se ha atendido como el mercado y el contexto demandan.

El nuevo curso de español para extranjeros por internet, que se presentará en el II Congreso Internacional de Valladolid, es un paso en la buena dirección de búsqueda de nuevas vías de formación de profesores, acordes con los tiempos que corren; pero a pesar de las garantías que proporcionan los asesores especializados con los que se ha contado para su diseño, no será suficiente para todos los entornos lingüísticos. Es imprescindible formar a

profesores especializados que ejerzan una labor eficaz como verdaderos tutores. La enseñanza a distancia no es el medio de reducir gastos, si se quiere hacer bien. Hay áreas extensas incomprensiblemente olvidadas que piden la fundación de centros que garanticen la enseñanza presencial, sobre todo por el carácter de las lenguas del entorno: las vastas China o Rusia, Japón, los países nórdicos son sólo algunos ejemplos. Lejos está el Cervantes de contar todavía con las representaciones de sus homólogos europeos, a pesar de los nuevos centros proyectados de Estambul, Moscú, Washington, La Costa Oeste de Estados Unidos y Río de Janeiro. Si el Cervantes se mira en la *Alliance* o en el *British Council*, la comparación es ridícula: la primera, fundada en 1883, cuenta con 28 representaciones en Francia y 1.085 centros en el extranjero, distribuidos en 138 países de todos los continentes; el segundo tiene 243 centros distribuidos en 110 países. Ahora bien, estas instituciones han sabido integrar la iniciativa privada en la empresa, lo que a lo largo de los años ha redundado en la extensión de su presencia y en la rentabilidad de sus actividades. Una decisión importante que urge determinar es si será necesario adoptar estrategias similares y, en tal caso, hasta qué punto.

En el último anuario se señala la necesidad de incrementar los contenidos en español en la red para una mayor difusión del mismo. En la actualidad, el español es, después del inglés, el idioma que tiene mayor presencia de diarios en Internet, lo que revela el peso de los medios de comunicación para la difusión del español. Atender a esta circunstancia, incrementando los contenidos en español en la red, es contribuir al objetivo del Cervantes de servir de plataforma esencial de las industrias culturales españolas. El realismo lingüístico se impone: los hablantes estudiarán las lenguas que más posibilidades de comunicación ofrezcan. En tal sentido, y en una dimensión igualmente cultural, es importante la colaboración del Cervantes con las editoriales y con otras entidades culturales de España y de Hispanoamérica: mesas redondas, conferencias, seminarios, proyecciones, etc., constituyen un medio efectivo de aunar esfuerzos y energías para la difusión de lo español, lengua incluida. También la *Alliance*, el *Goethe* y el *British Council* desarrollan una importantísima labor de difusión cultural en el más amplio sentido del término, la primera con la colaboración y la administración de un comité local compuesto por personalidades del mundo económico, científico y cultural. Ni los amiguismos ni las conveniencias particulares deben suplantar los criterios de exigencia de calidad, de verdadero peso cultural, en la programación de actividades de los centros, para lo cual administraciones colegiadas pueden representar cierta garantía.

Uno de los temas fundamentales del próximo Congreso de Valladolid será el del peso económico de la lengua, que se mide tanto en las posibilidades que ofrece un mercado superior a los 400 millones de hablantes como en el crecimiento de las exportaciones de libros o de productos audiovisuales que tienen como soporte el español. Los institutos homólogos europeos están convencidos de esta verdad desde hace tiempo y saben invertir en cultura; es de esperar que la misma convicción impregne a nuestros políticos.

Amplitud de miras para una lengua rica en posibilidades

EL español es, dentro de su diversidad, uno de los idiomas más homogéneos —a pesar de su rica variedad es, como dice Humberto López Morales, una lengua *blanda*, que permite que se entiendan entre sí todas las variantes dialectales— de entre los idiomas internacionales: los hablantes de español constituyen el 6 por 100 de la población mundial, frente al 8,9 por ciento de los habitantes de inglés y el 1,8 por ciento de los de francés. El español es hablado por el 94 por ciento de la población que vive en los veintidós países donde es lengua oficial; porcentaje muy superior al 34 por 100 del francés o el 27 del inglés. Se calcula que en el año 2050 habrá alrededor de 550 millones de hispanohablantes en los países donde es oficial; a los que habrá que sumar los hispanos de Estados Unidos y los hablantes de español como segunda o tercera lengua. Lejos de los mitos paralizantes y autocomplacientes de autodifusión o de reconquista territorial en Norteamérica, a los que son tan afectos ciertos medios de comunicación e incluso algunos «intelectuales», el Cervantes debe contribuir a que cambie la actual tendencia de aprovechamiento de las potencialidades de este mercado por parte de empresas no españolas ni hispanoamericanas.

Concentrada especialmente en el continente americano, donde residen nueve de cada diez hispanohablantes, la lengua española es portadora de un prestigio cultural que hay que saber capitalizar e incrementar. Pero como bien viene advirtiendo Gregorio Salvador desde hace años: *los españoles somos sólo los propietarios de un pequeño apartamento en el vasto condominio de la lengua española*. Frente al *Goethe* o a la *Alliance*, el peso del español hispanoamericano es un factor que marca la diferencia y permitiría, convenientemente gestionado, llevar a cabo proyectos de verdadera envergadura y de mucho más amplios y ricos resultados. El constante crecimiento demográfico hispano-

americano, que contrasta con el exiguo de España, confirman esta tendencia. La dimensión americana del español es una realidad incuestionable y las políticas del Instituto tienen que profundizar en esta dirección. En el anuario del Instituto se constata la paulatina sustitución en las universidades norteamericanas de las cátedras de cultura española por las de literatura y realidad cultural hispanoamericana. Si el Cervantes considera fundamental su objetivo de difusión de la cultura española, deberá contar cada vez más con el peso demográfico y cultural de Hispanoamérica. Si bien se ha avanzado en el compromiso con instituciones culturales hispanoamericanas, en la línea de lo que viene haciendo la RAE, después de comprender, no sin resistencias interiores, que las grandes decisiones en materia lingüística no le corresponden con exclusividad —ahí está el mejor ejemplo de la *Ortografía* consensuada por el conjunto de las Academias Hispanoamericanas—, el Cervantes todavía debe y puede mirar hacia América no como el padre sino como el hermano, en todo caso mayor, pero no el que ejerce el mayorazgo exclusivista.

En el año europeo de las lenguas y a la vista de su corta experiencia, errores incluidos, el Cervantes exige un replanteamiento fundamental de su función, de sus alcances y, sobre todo, de sus responsables y directivos. Su alta función no puede permitirse el dispendio de contrataciones de personas sin verdadera formación especializada, que no conozcan de verdad qué material tan sensible y valioso deben promover. Es urgente superar la imagen generalizada de ineficacia y de incertidumbre por la de cabal cumplimiento de objetivos. Los 34 centros en el extranjero, en 23 países, resultan sin duda insuficientes en relación con la demanda de enseñanza de español en el exterior. Pero éste es el verdadero desafío: que los responsables sepan multiplicar colaboraciones, aunar esfuerzos con otras instituciones, avanzar cualitativa y cuantitativamente en el logro de resultados. Quizá el programa de Aulas Cervantes, que pueden abrirse en diversas universidades extranjeras, con la colaboración de profesores de las mismas, sea una vía posible; pero no debe ser la única. La tarea es ingente y pide un esfuerzo de superación enorme. Aunque es lógico que se necesiten varios años para lograr los niveles de sus homólogos europeos, de larga data, no debe desaprovecharse la oportunidad de definir y consolidar un proyecto serio, amplio y efectivo, que incluya tanto lo lingüístico como lo cultural —que mutuamente se potencian y ayudan—, con gestores verdaderamente capaces, eficaces, creativos y conocedores de la realidad lingüística dentro y fuera de España, que estén fuera de toda lucha partidista y de todo personalismo y que respondan a las exigencias de apertura y de integración que la tarea exige. No caben más esperas.